

¡Qué agudo contraste!

Por Jaime Guzmán

Una vez más, Chile se ha visto golpeado por la fuerza devastadora de la naturaleza. Sus secuelas de numerosos muertos, de miles de personas con sus viviendas destruidas o damnificadas, de una ciudad de Santiago mayoritariamente angustiada por la falta de agua -particularmente angustiada en los hospitales- y de un país cortado en sus comunicaciones terrestres por varios días, grafican la magnitud de la catástrofe producida por las recientes inundaciones.

Ante ello, ha reemergido nuevamente el tradicional espíritu solidario del chileno frente al infortunio. Surgen y se multiplican las campañas públicas de ayuda a los afectados y el aporte generoso al familiar, vecino o amigo a quien cada cual puede ayudar individual y fraternalmente.

En agudo contraste con lo anterior, en esta misma semana hemos presenciado la acción revolucionaria de mentalidades moralmente desquiciadas. Desde la bomba criminal en el Metro de Santiago, que dejó un muerto y varios heridos, hasta el violentismo de grupos que se "toman" sedes universitarias o destruyen vandálicamente su patrimonio, costado por todos los chilenos, como parte de un fallido paro universitario convocado por la alianza estudiantil demócrata-marxista.

Naturalmente, los dirigentes estudiantiles de dicha alianza repudian verbalmente el atentado terrorista en el Metro. Pero la realidad los vincula con éste de modo indisoluble, desde el momento en que ellos



cobijan al Partido Comunista, al MIR y demás componentes del MDP, que se jactan de impulsar en Chile la "vía violenta" para alcanzar sus propósitos.

Sin embargo, hay otro aspecto objetivo que los liga. Se trata de su absoluta irrealidad. De su completo divorcio del sentir ciudadano.

El revolucionario utópico se deja arrastrar por los sembradores de la anarquía, que van por principio contra todo lo "establecido" en sociedades "alienadas" que urge redimir, aun contra su voluntad.

El extremista llega aún más lejos, sometiéndose a un adiestramiento del odio que le suprime todo sentimiento capaz de debilitar su frialdad asesina.

Son dos grados del mismo mal. El último mucho más agudo, pero común en la raíz éticamente pervertida que los mueve. En ambos casos, la política -entendida desde una perspectiva mesiánica- destructora- constituye algo absorbente y totalizante, ajena a los más elementales sentimientos del hombre medio.

Sólo así se explica que mientras un país entero se mueve para afrontar la adversidad, los revolucionarios utópicos y los revolucionarios extremistas agudicen la agitación subversiva y terrorista, suscitando el más extendido repudio y desprecio ciudadano, más allá de cualquier diferencia ideológica. Y es que para el ser humano sano y común, las principales dimensiones de la vida son muy diversas a la política y siempre contrapuestas a la violencia.